

en la comitiva figuraban ciudadanos de todas las secciones, individuos de la Convención, de la municipalidad y del departamento, electores y sociedades populares. Llegado al jardín de los franciscanos, el cuerpo de Marat se depositó bajo los árboles, cuyas hojas agitándose ligeramente reflejaban y multiplicaban una luz suave. El pueblo rodeaba silenciosamente el ataúd. El presidente de la Convención pronunció primero un elocuente discurso en el que anunció que pronto llegaría el tiempo de vengar á Marat, pero que era preciso no atraerse censuras de los enemigos de la patria por la adopción de medidas aceleradas é imprudentes. Añadió que la libertad no podía perecer, y que la muerte de Marat no haría más que consolidarla. Después de pronunciarse varios discursos, que fueron sumamente aplaudidos, el cadáver de Marat fué depositado en la fosa, vertiéronse lágrimas, y cada cual se retiró con el alma traspasada de dolor.»

El corazón de Marat, que se disputaban varias sociedades, quedó al fin en poder de los franciscanos; su busto, reproducido en todas partes con el de Lepelletier y de Bruto, figuró en todas las asambleas y parajes públicos. Registrados todos sus papeles, hallóse sólo en su casa un asignado de cinco francos, y su pobreza fué un nuevo motivo de admiración. Su ama de gobierno, que, según las palabras de Chaumette, tomó el difunto por esposa *un día de buen tiempo á la faz del sol*, fué llamada su viuda, y el Estado la señaló una pensión.

Tal fué el fin de este hombre, el más singular de aquella época, tan fecunda en tipos. Lanzado en la carrera de las ciencias, quiso trastornar todos los sistemas; y aventurándose después en los disturbios políticos, concibió desde luego una idea espantosa, un pensamiento que las revoluciones realizan diariamente, á medida que sus peligros aumentan, pero que no confiesan jamás, cual es el aniquilamiento de todos sus adversarios. Marat, viendo que la revolución no dejaba de seguir sus consejos, por más que los condenase, y que los hombres que él denunciaba perdían su popularidad y eran sacrificados el día predicho por él, se consideró como el más grande político de los tiempos modernos, poseyóse de un orgullo y una audacia extraordinarios, y fué siempre horrible para sus enemigos, y por lo menos extraño para sus amigos. Su existencia terminó por un accidente tan singular como su vida; sucumbió en el momento mismo en que los jefes de la república, concertándose para formar un gobierno cruel y sombrío, no podían avenirse ya con un colega maniático, sistemático y audaz, que hubiera entorpecido todos sus planes con sus salidas. Incapaz, en efecto, de ser un jefe activo y poderoso, fué el apóstol de la revolución; y cuando ya no era necesario el apostolado, sino la prudencia y la energía, el puñal de una joven indignada llegó oportunamente á producir un mártir, dando un santo al pueblo, que cansado de sus antiguas imágenes, necesitaba crearse otras nuevas.

CAPÍTULO XI

Distribución de los partidos después del 31 de mayo, así en la Convención como en la junta de salvación pública y en el Ayuntamiento. — Discusiones en la Montaña. — Descrédito de Dantón. — Política de Robespierre. — Acontecimientos de la Vendée. — Derrotas de Wéstermann en Chatillón y del general Labarolier en Vihiers. — Sitio y toma de Maguncia por los prusianos y austriacos. — Toma de Valenciennes. — Riesgos de la república en agosto de 1793. — Estado de la hacienda. — Descrédito de los asignados. — Establecimiento del *maximum*. — Miseria pública. — Agiotaje.

De los famosos triunviros no quedaban ya sino Robespierre y Dantón, y para formar una idea de su influencia es preciso ver cómo se habían distribuido los poderes y qué marcha siguieron los ánimos desde la supresión de la derecha.

Aunque desde el primer día de su institución se posesionó la Convención en realidad de todos los poderes, no quiso, sin embargo, conservarlos ostensiblemente en sus manos, á fin de evitar las apariencias del despotismo; y en su consecuencia, dejó existir fuera de su seno una sombra de poder ejecutivo, conservando los ministros. Descontenta de su administración, cuya energía no era proporcionada á las circunstancias, creó inmediatamente después de la defección de Dumouriez un comité de salvación pública, que comenzando á desempeñar sus funciones el 10 de abril, tuvo sobre el gobierno una inspección superior. Podía suspender la ejecución de las medidas adoptadas por los ministros, suplirlas cuando las juzgase insuficientes, ó revocarlas si las creía malas; redactaba las instrucciones de los representantes enviados con alguna misión, y sólo él podía corresponderse con ellos.

Así, pues, superior á los ministros y á los representantes, que á su vez eran inferiores á los funcionarios de toda especie, tenía en sus manos las riendas de todo el gobierno. Aunque por su título no era esta autoridad más que una mera inspección, realmente venía á ser la acción misma, porque un jefe de Estado jamás ejecuta nada por sí y se limita á mandar hacerlo todo á su vista, elegir sus agentes y dirigir las operaciones. Por su derecho de inspección esta junta podía hacer todo esto, y lo hizo; arregló las operaciones militares, ordenó los abastos y las precauciones de seguridad, nombró los generales y agentes de toda especie, y los ministros, temblando, se creían felices al verse libres de toda responsabilidad, reduciendo su papel al de unos meros empleados. Los individuos que componían la junta de salvación pública eran Barrere, Delmás, Breard, Cambón, Roberto Lindet, Dantón, Guytón de Morveau, Mathieu y Ramel, conocidos todos por hombres aptos y laboriosos, que si bien eran tildados por sus tendencias moderadas, no se sospechaba de ellos hasta el punto de creerlos, como á los girondinos, cómplices del extranjero. En poco tiempo tuvieron bajo su dirección todos los asuntos del Estado, y aunque sólo se les nombró por un mes, no se quiso interrumpirles en sus trabajos, prorrogándose el plazo desde el 10 de abril al

10 de mayo, y luego desde el 10 de junio y 10 de julio sucesivamente. A las órdenes de este comité estaba el de seguridad general, encargado de la alta policía, cosa tan importante en tiempos de desconfianza; pero en sus funciones mismas dependía del comité de salvación pública, que encargado en general de todo cuanto interesaba á la salvación del Estado, era competente para hacer averiguaciones sobre los complots contra la república.

Resulta, pues, que la Convención tenía por sus decretos la voluntad suprema, y por sus representantes y su comité, la ejecución; de modo que, sin querer asumir los poderes en sus manos, las circunstancias la habían conducido invenciblemente á ello; y sobre todo la necesidad de hacer ejecutar á su vista y por sus propios individuos lo que creía mal hecho por agentes extraños.

Sin embargo, aunque toda la autoridad se ejerciese en su seno, no participaba en las operaciones del gobierno sino por su aprobación, y no las discutía. Las grandes cuestiones de organización social eran resueltas por la Constitución, que establecía la democracia pura. La cuestión de saber si para salvarse se emplearían los medios más revolucionarios, abandonándose á todo cuanto la pasión pudiese inspirar, quedaba resuelta por el 31 de mayo. Así, pues, la Constitución del Estado y la moral política quedaban ya establecidas; restaba, pues, sólo examinar las medidas administrativas, financieras y militares. Ahora bien, rara vez pueden ser comprendidos los asuntos de esta naturaleza por una Asamblea numerosa, y se dejan al arbitrio de los hombres que se ocupan de ellos particularmente. La Convención se remitía en esta parte voluntariamente á las comisiones á quienes había encargado los negocios; no debía sospechar de su probidad, ni de sus luces, ni de su celo; quedaba, pues, reducida á callarse; y la última revolución, al privarla del valor para la discusión, la privó también de la oportunidad de hacerlo. No era, pues, sino un consejo de Estado, donde los comités y los directores de los trabajos se presentaban á rendir cuentas, siempre aplaudidas, y á proponer decretos, siempre aprobados. Las sesiones, silenciosas, lúgubres y bastante cortas, no se prolongaban ya, como antes, durante los días y las noches.

Inferior á la Convención, que se ocupaba de las materias generales de gobierno, el Ayuntamiento se cuidaba del régimen municipal, haciendo en él una verdadera revolución. No pensando ya, desde el 31 de

mayo, en conspirar y en servirse de la fuerza local de París contra la Convención, ocupábase de la policía, de las subsistencias, de los mercados, del culto, de los teatros, y hasta de las mujeres públicas, dictando sobre todos estos asuntos de régimen interior y privado acuerdos que iban á ser muy pronto modelos en toda Francia. Chaumette, procurador general del Ayuntamiento, era el redactor de esta legislatura municipal y por sus bandos merecía siempre el aplauso del pueblo. Buscando de continuo nuevos asuntos que arreglar, é invadiendo de continuo la libertad privada, este legislador de las plazas y mercados comenzaba á ser cada día más importuno y temible. Pache, siempre inalterable, dejaba hacerlo todo á su vista, daba su aprobación á las medidas propuestas, y cedía á Chaumette los honores de la tribuna municipal.

La Convención dejaba obrar en libertad á sus comités, y como el Ayuntamiento se ocupaba exclusivamente de sus atribuciones, la discusión sobre las materias de gobierno quedaba para los jacobinos; ellos eran los únicos que discutían, con su acostumbrada audacia, sobre las operaciones del gobierno y la conducta de cada uno de sus agentes. Desde hacía mucho tiempo, según hemos visto, habían adquirido gran importancia por su nombre, por la ilustración y por el alto rango de la mayor parte de sus individuos, por el numeroso cortejo de sus sociedades afiliadas, y últimamente, por su antigüedad y su prolongada influencia en la revolución. Pero desde el 31 de mayo, después de haber hecho enmudecer á la derecha de la Asamblea, consiguiendo que predominase el sistema de una energía sin límites, habían adquirido una inmensa fuerza de opinión, heredando la palabra, que la Convención abdicó en cierto modo. Ejercían sobre los comités una continua vigilancia; examinaban su conducta, así como la de los representantes, de los ministros y de los generales, con ese furor de personalidad que les era propio; y arrogábanse así sobre todos los agentes un derecho de censura inexorable, con frecuencia inicuo, pero siempre útil por el terror que inspiraba y la fidelidad que imponía á todos. Las demás sociedades populares tenían también su libertad y su influencia; pero sometiéndose, sin embargo, á la autoridad de los jacobinos. Los franciscanos, por ejemplo, más turbulentos y más dispuestos á obrar, reconocían no obstante la superioridad de sus mayores, y dejábanse guiar por sus consejos cuando se daba el caso de que anticipasen el momento de hacer una proposición, por exceso de impaciencia revolucionaria. La petición de Santiago Roux contra la Constitución, retractada por los franciscanos á la voz de los jacobinos, era una prueba de esta deferencia.

Tal era, desde el 31 de mayo, la distribución de los poderes y de las influencias: veíase á la vez un comité gobernando, un Ayuntamiento ocupado de reglamentos municipales, y jacobinos que ejercían sobre el gobierno una censura continua y rigurosa.

No transcurrieron dos meses sin que la opinión se pronunciara severamente contra la administración actual. Los ánimos no podían detenerse en el 31 de mayo; sus exigencias debían ir más allá, y era natural que pidieran siempre más energía y celeridad, y más resultados. En la reforma general de los comités, reclamada el 2 de junio, habíase respetado el comité de salvación

pública, compuesto de hombres laboriosos, extraños á todos los partidos, y encargados de trabajos que era peligroso interrumpir; pero recordábase que había vacilado el 31 de mayo y el 2 de junio; que quiso negociar con los departamentos y enviarles rehenes; y no se tardó en juzgarle insuficiente para las circunstancias. Instituído en el momento de mayor apuro, imputábanse pérdidas que eran efecto de nuestra situación y no culpa suya. Centro de todas las operaciones, estaba sobrecargado de asuntos, y se le hacía un cargo bajo el pretexto de que se sepultaba en los expedientes y papeles, absorbiéndose en minuciosidades; en una palabra, se le tachó de caduco é inepto. Creado no obstante en el momento de la defección de Dumouriez, cuando todos los ejércitos estaban desorganizados, cuando la Vendée se levantaba y España comenzaba la guerra, había reorganizado el ejército del Norte y el del Rhin, creado el de los Pirineos y el de la Vendée, que no existían aún, abastecido ciento veintiséis plazas fuertes, y aunque aún faltaba mucho que hacer para poner nuestras fuerzas en buen pie, era mucho haber ejecutado tales trabajos en tan poco tiempo, á pesar de los obstáculos de la insurrección departamental. Sin embargo, la desconfianza pública exigía siempre más de lo que se hacía y de lo que se podía hacer, y con esto mismo provocaba una energía grande y proporcionada al peligro. A fin de aumentar la fuerza del comité, restableciendo su vigor revolucionario, se le agregaron como auxiliares á Saint-Just, Jeán-Bon Saint-André y Couthón; pero aún no se estaba satisfecho, y decíase que estos últimos agregados eran sin duda excelentes, mas su influencia neutralizada por los otros.

La opinión no se pronunciaba menos severamente contra los ministros: el de Gobernación, Garat, bastante bien visto al principio á causa de su neutralidad entre girondinos y jacobinos, no era más que un moderado desde el 2 de junio. Encargado de redactar un escrito para ilustrar á los departamentos sobre las últimas ocurrencias, hizo una larga disertación en que explicaba y compensaba todos los errores con una imparcialidad muy filosófica sin duda, pero poco apropiada para las disposiciones del momento. Robespierre, á quien comunicó este escrito demasiado cuerdo, le rechazó al punto; los jacobinos tuvieron conocimiento de ello muy pronto, y censuraron á Garat por no haber hecho nada para neutralizar el efecto del veneno vertido por Roland. Lo mismo sucedía con el ministro de Marina, Albarade, á quien se acusaba de haber dejado en los estados mayores de las escuadras todos los antiguos aristócratas. Verdad es, en efecto, que había conservado muchos, y los acontecimientos de Tolón lo probaron bien pronto; pero las depuraciones eran más difíciles en los ejércitos de mar que en los de tierra, porque los conocimientos especiales que exige la marina no permiten reemplazar la antigua oficialidad con otra nueva, haciendo en seis meses de un campesino un soldado, un oficial subalterno ó un general. El ministro de la Guerra, Bouchotte, era el único que se conservaba en el favor, porque, á semejanza de Pache, su predecesor, había abierto sus oficinas á los jacobinos y á los franciscanos, calmando su desconfianza y llamándoles para que tomaran parte en su administración. Casi todos los generales eran acusados, particularmente los nobles;

pero dos sobre todo habían llegado á ser los más sospechosos: Custine en el Norte y Birón en el Oeste. Marat, según se ha visto, los había denunciado algunos días antes de su muerte; y después de esta acusación, todos se preguntaban por qué Custine permanecía en el campamento de César sin levantar el bloqueo de Valenciennes, y por qué Birón, ocioso en la Baja Vendée, había dejado tomar á Saumur y sitiá á Nantes.

En el interior reinaba la misma desconfianza: agitábase la calumnia en todas las cabezas y recaía en los mejores patriotas. Como no había ya lado derecho al que se pudiese atribuirlo todo, como no había ya un Roland, un Brissot y un Guadet á quienes imputar á cada nuevo temor una traición, las inculpaciones amenazaban á los republicanos más decididos. Reinaba increíble furor en cuanto á inferir sospechas y lanzar acusaciones; la vida revolucionaria más larga y mejor sostenida no era ya una garantía, y en un día, en una hora se estaba expuesto á ser comparado con los mayores enemigos de la república. Los ánimos no podían desimpresionarse tan pronto de aquel Dantón, cuya audacia y elocuencia habían sostenido el valor en todas las circunstancias decisivas; pero Dantón abrigaba en la revolución la pasión más violenta por conseguir el fin, sin odio alguno contra los individuos, y esto no era bastante. El alma de una revolución consiste en el anhelo de conseguir el fin, y el odio á los que ponen obstáculo; y en Dantón no había más que uno de estos sentimientos. En punto á medidas revolucionarias que tendiesen á herir á los ricos, á poner en movimiento á los indiferentes y á desarrollar los recursos de la nación, no había omitido nada, é imaginó los medios más atrevidos y violentos; pero tolerante y condescendiente con los individuos, no veía adversarios en todos, y sí hombres diversos por su carácter y su talento, que era preciso atraerse ó aceptar con el grado de su energía. No consideró á Dumouriez como un pérfido, sino como un descontento exasperado hasta el extremo; no vió en los girondinos cómplices de Pitt, sino hombres honrados é incapaces, y hubiera querido que los alejaran sin sacrificarlos. Hasta se decía que se ofendió por la consigna que dió Henriot el 2 de junio. Estrechaba la mano á los generales nobles, comía con los asentistas, hablaba familiarmente con los hombres de todos los partidos, buscaba los placeres, y había ganado mucho en la revolución. Sabíase esto, y circulaban los rumores más equívocos respecto á su energía y probidad. Un día se decía que Dantón no se presentaba ya en los jacobinos; hablábase de su indolencia, de sus continuas distracciones, y alegábase que la revolución no había sido una carrera sin goces para él. Otro día exclamaba un jacobino en la tribuna: «Dantón se ha separado de mí para ir á estrechar la mano á un general.» Algunas veces se daban quejas de los individuos que había recomendado á los ministros, y no osando atacarle personalmente, atacábase á sus amigos. El carnicerero Legendre, su colega en la diputación de París, su teniente en las calles y arrabales y el imitador de su elocuencia ruda y salvaje, fué tratado de moderado por Hebert y otros franciscanos turbulentos. «¡Yo moderado, exclama Legendre en los jacobinos, cuando á veces me culpo á mí mismo por mis violencias, cuando me escriben de Burdeos que he aporreado á Guadet, cuando se pu-

blica en todos los periódicos que he cogido á Lanjuinais por el cuello y arrastrádole por el suelo!» Tratábase también de moderado á otro amigo de Dantón, patriota tan conocido y probado como él, á Camilo Desmoulins, el escritor á la vez más ingenuo, más cómico y elocuente de la revolución. Camilo conocía mucho al general Dillón, que situado por Dumouriez en el puesto de las Isletas, en el Argona, desplegó allí tanta firmeza como bravura; y Camilo estaba convencido de que Dillón era un hombre honrado, sin opinión política, pero que, dotado de un instinto guerrero, sólo pedía servir á la república.

De repente, y por efecto de la increíble desconfianza que reinaba, circula el rumor de que Dillón trata de ponerse á la cabeza de un complot para sentar en el trono á Luis XVII. El comité de salvación pública manda que le arresten al punto; y Camilo, que estaba cierto de que semejante rumor no era sino una fábula, quiere defender al general ante la Convención. Entonces le gritan por todas partes: «¡Coméis con los aristócratas!» Billaud-Varennes le corta la palabra exclamando: «¡Que no dejen á Camilo deshonrarse!»—¡Me cortan la palabra, exclama Camilo; pues bien, venga un tintorero!» Y escribe al punto un folleto titulado *Carta á Dillón*, lleno de gracia y de razonamientos, en el que ataca á todas las opiniones y personas, diciendo al comité de salvación pública: «Habéis usurpado todos los poderes, asumido todos los negocios, y no termináis ninguno. Erais tres los encargados de la guerra; el uno está ausente, el otro enfermo, y el tercero no entiende palabra; dejáis á la cabeza de nuestros ejércitos á los Custine, los Birón, los Menou y los Berthier, todos aristócratas ó lafayetistas ó ineptos.» Dirigiéndose después á Cambón, le dice: «Nada entiendo de tu sistema hacendista; pero tu papel se parece mucho al de Law, y corre con la misma rapidez de mano en mano.» Á Billaud Varennes le dice: «Tienes ojeriza á Dillón, porque cuando eras comisionado en su ejército te hizo entrar en fuego.» Á Saint-Just le dirige sólo estas palabras: «Te das mucho tono, y levantas la cabeza como un *Santísimo Sacramento*.» Por último, encarándose con Breard, Delmás, Barrere y otros, exclama: «Habéis querido presentar vuestra dimisión el 2 de junio, porque no podíais contemplar con serenidad esta revolución; tan espantosa os parecía.» Camilo Desmoulins añade que Dillón no es republicano, ni federal, ni aristócrata; que no es más que un soldado, que sólo desea servir; que por su patriotismo vale tanto como todo el comité de salvación pública y todos los estados mayores conservadores á la cabeza de los ejércitos; que cuando menos es un gran militar; que harta fortuna es conservar algunos, y que no se debe creer que todo sargento puede ser general. «Desde que un oficial desconocido, añade, desde que Dumouriez venció á su pesar en Jemmapes, y tomó posesión de toda la Bélgica y de Breda, como un boleterio con su lápiz, los triunfos de la república nos han embriagado, como embriagaron á Luis XIV los de su reinado. Él elegía á sus generales en su antecámara, y nosotros creemos poder elegir los nuestros en las calles; hemos llegado á decir que teníamos tres millones de generales.»

Por este lenguaje y estos repetidos ataques se ve la confusión que reinaba en la Montaña; situación en que

por lo común se encuentra todo partido que acaba de vencer y que está próximo á dividirse, pero que no tiene claramente marcadas sus fracciones. No se había formado todavía nuevo partido en el vencedor, pues la acusación de moderado ó exaltado circulaba por todas las cabezas sin fijarse positivamente en ninguna, y en medio de tal desorden de opiniones, sólo una reputación se mantenía aún incorrupta, la de Robespierre. Éste no había ciertamente tenido jamás indulgencia con las personas, ni amado á ningún proscrito, ni rozándose con ningún general, hacendista ni diputado. No se le podía vituperar de haberse entregado á los placeres durante la revolución, porque vivía arrinconado en casa de un ebanista, teniendo, según se dice, con una de sus hijas un trato que se ignoraba enteramente. Severo, reservado é íntegro, era un hombre puro, y por tal pasaba. Sólo podía echársele en cara el orgullo, especie de vicio que, sin ser tan torpe como la corrupción, ocasiona grandes males en los disturbios civiles y llega á hacerse horrible en los hombres austeros y en los devotos, religiosos ó políticos; porque siendo su única pasión, la satisfacen sin distracción ni miramiento.

Robespierre era el único que podía refrenar ciertos ímpetus de impaciencia revolucionaria, sin que se imputase su moderación á miras de placer ó de interés. Su resistencia, cuando él la hacía, se atribuía siempre á causas razonables; y como él conocía esta posición, empezó por primera vez á observar un sistema. Hasta entonces, entregado exclusivamente á su odio, sólo había pensado en volver la revolución contra los girondinos; pero hallando á la sazón en la inconstancia de los ánimos un peligro para los patriotas, juzgó que debía conservar el respeto á la Convención y á la junta de salvación pública, porque en ellas residía toda la autoridad, no pudiendo pasar á otras manos sin que resultase un espantoso caos. Por otra parte, él pertenecía á la Convención, y no podía menos de pertenecer dentro de poco á la junta de salvación pública; y así, defendiéndolas, sostenía al mismo tiempo una autoridad indispensable, de que iba él á formar parte. Como desde luego se habían formado todas las opiniones en los jacobinos, creyó oportuno ganar aún más sus voluntades, unirlos á la Convención y á las comisiones, sin que esto fuera un inconveniente para sublevarlos después cuando lo creyese necesario. Siempre puntual para con ellos, los halagaba con su presencia, tomando pocas veces la palabra en la Convención, donde, como hemos dicho ya, no se hablaba casi nunca; y al contrario, se le veía siempre en la tribuna de aquella corporación, no pasando por alto nunca ninguna proposición importante sin discutirla, modificarla ó desecharla. En esto era su conducta más acertada que la de Dantón, pues nada resiente á los hombres como la ausencia, ni confirma mejor los rumores equívocos. Dantón, descuidado, como todo hombre de carácter ardiente y apasionado, asistía poco á los jacobinos; cuando se presentaba, veíase en la precisión de justificarse, de asegurar que sería siempre buen patriota, añadiendo que, «si alguna vez usaba de ciertos miramientos para atraerse los espíritus débiles, aunque excelentes, se podía estar seguro de que su energía no había disminuído; que velaba siempre con el mismo ardimiento por los intereses de la república, y que ésta quedaría triunfante.» ¡Vanos y peligrosas excusas! Cuan-

do uno da explicaciones y se justifica, es abominado por aquellos á quienes se dirige. Robespierre, por el contrario, siempre presente, siempre dispuesto á desviar las insinuaciones, no necesitaba justificarse nunca; adoptaba por el contrario el tono acusador; reñía á sus fieles jacobinos, y había aprovechado muy bien el momento en que, siendo bien pronunciada la pasión que se inspira, se aumenta con los rigores.

Ya se ha visto de qué modo trató á Santiago Roux, cuando propuso una petición contra el acta constitucional: lo mismo hacía en todas las circunstancias en que se trataba de la Convención. Esta asamblea se había purificado, decía; sólo merecía respeto, y cualquiera que la acusase era un mal ciudadano. El comité de salvación pública no había hecho, sin duda, todo cuanto debía hacer (aunque defendiéndolos, Robespierre no dejaba de censurar á los que defendía); pero este comité estaba en el mejor camino; atacarle era destruir el centro necesario de todas las autoridades, debilitar la energía del gobierno y comprometer la república. Cuando se quería molestar al comité ó á la Convención con peticiones demasiado repetidas, oponíase diciendo que se gastaba la influencia de los jacobinos, haciendo perder el tiempo á los depositarios del poder. Un día, habiéndose querido que las sesiones del comité fueran públicas, irritóse contra esta proposición; dijo que había enemigos ocultos que, bajo la máscara del patriotismo, hacían las proposiciones más incendiarias; y comenzó á sostener que el extranjero pagaba dos especies de conspiradores en Francia: los exaltados, que impelían todo al desorden, y los moderados, que trataban de paralizarlo todo por su blandura.

El comité de salvación pública se había prorrogado tres meses; el 10 de agosto debía prorrogarse la cuarta ó ser renovado, y el 8 hubo gran sesión en los jacobinos con tal motivo. En todas partes dicen que es preciso cambiar los individuos del comité, y que no debe prorrogarse éste como se ha hecho ya tres veces. «Sin duda que el comité tiene buenas intenciones, dice Bourdón; yo no quiero inculparle; pero es achaque de la especie humana no tener energía sino algunos días. Los individuos actuales del comité han pasado ya su época, y están gastados; cambiémoslos. Hoy necesitamos hombres revolucionarios, hombres á quienes podamos confiar la suerte de la república, y que nos respondan de ella con su vida.»

A Bourdón sucede el fogoso Chabot. «El comité, dice, ha de cambiarse, y no debemos consentir una nueva prórroga. Agregar algunos individuos más, reconocidos como buenos patriotas, no bastaría, pues de ello tenemos la prueba en lo que ha sucedido. Couthón, Saint-Just y Jean-Bon Saint-André, agregados últimamente, no pudieron hacer nada á causa de sus colegas; es preciso también que no se renueve el comité por escrutinio secreto, porque el nuevo no sería mejor que el antiguo, que no vale absolutamente nada. He oído á Mathieu pronunciar los discursos más inciviles en la sociedad de las mujeres revolucionarias. Ramel ha escrito á Tolosa diciendo que únicamente los propietarios podían salvar la cosa pública, y que era preciso guardarse de poner las armas en manos de los descamisados. Cambón es un loco que ve todas las cosas con aumento y se atemoriza á cien pasos de distancia. Guy-

tón de Morveau es un hombre honrado, un cuáquero que tiembla siempre. Delmás, encargado de los nombramientos, no ha hecho sino malas elecciones, llenando el ejército de contrarrevolucionarios; y en fin, este comité era amigo de Lebrún y es enemigo de Bouchotte.» Robespierre se apresura á contestar á Chabot. «Cada frase, dice, cada palabra del discurso de Chabot respira el más puro patriotismo; pero también veo el patriotismo exagerado que se indigna porque todo no sale á medida de sus deseos, que se irrita porque el comité de salvación pública no ha llegado en sus trabajos á una perfección imposible, que Chabot no hallará en ninguna parte.

»Creo, como él, que este comité no se compone de hombres igualmente ilustrados y virtuosos; pero ¿qué corporación hallará constituida de este modo? ¿Impondrá á los hombres estar sujetos á error? ¿No ha visto cómo la Convención, después de lanzar de su seno á los traidores que la deshonoraban, recobró nueva energía, una grandeza que desconoció hasta ese día, y un carácter más augusto en su representación? ¿No basta este ejemplo para probar que no es siempre necesario destruir, y que es algunas veces más prudente reformar?

»Sí, no cabe duda que en el comité hay hombres capaces de recomponer la máquina social y de comunicar nueva fuerza á sus medios: basta sólo estimularlos. ¿Quién olvidará los servicios que este comité ha prestado á la causa pública, las numerosas tramas que ha descubierto, las felices noticias que le debemos, y las sabias y profundas ideas que nos ha desarrollado?

»La Asamblea no ha creado un comité de salvación pública para influir en él y para dirigir sus decretos; pero este comité le ha sido útil para separar, en las medidas propuestas, lo que era bueno de lo que, presentado bajo una forma seductora, podía producir las más peligrosas consecuencias; ha comunicado el primer impulso á varias determinaciones esenciales, que tal vez han salvado á la patria; ha sabido evitar los inconvenientes de una penosa tarea, infructuosa á menudo, presentando los resultados, felizmente hallados, de un trabajo que apenas conoció y que no le era bastante familiar.

»Todo esto basta para probar que el comité de salvación pública no ha sido de tan poca utilidad como se aparenta creer. Sin duda ha cometido errores, y no soy yo quien le disculpará, pues ¿me inclinaré yo á ser indulgente, yo, que creo que no se ha hecho bastante por la patria cuando no se ha hecho todo? Sí, ha cometido errores, y yo quiero culparle de ellos con vosotros; pero sería impolítica en este momento la desaprobación del pueblo sobre un comité que necesita estar revestido de toda su confianza, al que se han confiado grandes intereses, y de quien la patria espera grandes socorros; y aunque no merezca la aprobación de las ciudadanas republicanas revolucionarias, no le creo menos propio para sus importantes operaciones.»

Después de oídas las reflexiones de Robespierre, cerróse toda discusión. El comité fué renovado dos días después, reduciéndosele á nueve individuos, como al principio. Los nuevamente nombrados eran Barrere, Jean-Bon Saint-André, Gasparin, Couthón, Herault Sechelles, Saint-Just, Thuriot, Roberto Lindet y Prieur (del Marne). Todos los individuos acusados de tibieza

quedaban excluidos, excepto Barrere, á quien se perdonó lo pasado por su gran facilidad en redactar informes y doblegarse á las circunstancias. Robespierre no había ingresado aún; pero con algunos días más, y un poco más de peligro en las fronteras y terror en la Convención, llegaría á ser nombrado.

Robespierre tuvo aún otras ocasiones de emplear su nueva política. La marina comenzaba á inspirar inquietudes; produciábase de continuo quejas contra el ministro Albarade y su predecesor Monge, deplorándose el estado de nuestras escuadras, que vueltas de Cerdeña, permanecían en los astilleros de Tolón sin repararse, y estaban al mando de antiguos oficiales, casi todos aristócratas. Quejábanse también de algunos individuos nuevamente agregados al departamento de marina, y se acusaba mucho entre otros á un tal Peyrón, enviado para reorganizar el ejército en Tolón.

No había hecho, según decían, todo cuanto debía hacer; atribuíase la responsabilidad al ministro, y éste hacía responsable á un gran patriota que le había recomendado á Peyrón. Designábase vagamente á este célebre patriota, sin que nadie se atreviese á nombrarle. «¿Cómo se llama?, gritan varias voces.—¡Lo diré, replica el delator, ese célebre patriota es Dantón!» Al oír estas palabras produciéndose murmullos; acude Robespierre y exclama: «Pido que se ponga término á esta farsa y comience la sesión... Se acusa á Albarade; yo no le conozco sino por la voz pública, que le proclama un ministro patriota; pero ¿qué se le echa en cara? Un error. ¿Qué hombre es capaz de no cometerle? ¡Ha hecho una elección que no satisfizo la esperanza general! Bouchotte y Pache hicieron también elecciones desastrosas, y sin embargo son dos verdaderos republicanos, dos amigos sinceros de la patria. Basta que un hombre figure para que se le calumnie. ¡Vaya! ¿Cuándo dejaremos de dar fe á los cuentos ridículos ó pérfidos con que nos acosan por todas partes?»

»He observado que se agregaba á esta denuncia bastante general del ministro otra particular contra Dantón. ¿Se querrá presentarnos como sospechosos? Si en vez de desanimar á los patriotas, buscándoles cuidadosamente crímenes allí donde sólo existe apenas un ligero error, se pensase un poco más en los medios de facilitar sus operaciones, haciendo que su trabajo sea más fácil y menos espinoso, se procedería con más honradez y la patria se aprovecharía de ello. Se ha denunciado á Bouchotte, y también á Pache, porque estaba escrito que los mejores patriotas serían denunciados; pero ya es tiempo de poner fin á estas escenas ridículas y dolorosas. Yo quisiera que la sociedad de los jacobinos se atuviese á una serie de materias, tratándolas con fruto; que redujese gran número de las que se agitan en su seno, y la mayor parte de las cuales son tan fútiles como peligrosas.»

Robespierre, viendo el peligro de un nuevo desbordamiento de los ánimos, que hubiera aniquilado todo gobierno, esforzábese así en agrupar á los jacobinos alrededor de la Convención, de los comités y de los antiguos patriotas. Todo era provecho para él en aquella laudable y útil política, pues preparando la influencia de los comités, preparaba la suya propia; defendiendo á los patriotas de la misma época y de energía igual á la suya, se escuchaba; impidiendo que la opinión hi-